

**E**N mi caso, no cabe duda de que fue mi padre quien tuvo la culpa. Fue él quien me llevó por primera vez a un hipódromo, hace ya veinte años; él me enseñó a apostar, me dijo qué diferencia hay entre un «sprinter» y un «stayer», me habló de los grandes corceles míticos del hipódromo de la Castellana: «Atlántida», la torda desgarrada que en los metros finales remontaba desde la última posición hasta la victoria, o la encendida sombra de «Nouvel An». Mi primer hipódromo fue Lasarte; mi padre me aconsejó que le apostase siempre a Alvaro Díez, excelente jinete y después juez de salida en el hipódromo de la Zarzuela. Como solía ganar con él, me asombraba la ingenuidad del resto del público, desventurados apostantes a otros competidores, que no sabían el sencillo secreto del éxito. Recuerdo una llegada en fotografía del Gran Premio de San Sebastián, con Alvaro Díez sobre «Chipirón», bajo una cortina de agua; o el día que vi caer al duque de Alburquerque en una valla, a dos o tres metros de mí, montando a «Lady Chacolí»... Antes, siempre veía la carrera pegado a la pista: me parecía un sacrilegio subirme a la tribuna, tan lejos del florido estruendo de los caballos. No quería observar la carrera, sino sentirla. Mis primeros gemelos me dieron esa visión de conjunto que quizá sea el conocimiento, pero que tanto tiene de desapego y de extrañamiento. No me disculpo de ser autobiográfico: los mitos siempre son impersonales, pero siempre se narran en primera persona, que es la más cercana a lo impersonal, como supo Wittgenstein. En las carreras de caballos, como en la fiesta de los toros, lo que no es leyenda es vulgaridad o compás de espera hasta que se manifieste la figura mítica. El rito fragua la cotidianidad de lo maravilloso. Quiero hablarles de caballos, pero no como un «entendido» en cierta alquimia de pesos y distancias, sabiduría traducida en ganancia de unos cuantos miles de pesetas por tarde, sino como el oficiante anónimo, pero plenamente individual, de un ritual de emoción y belleza.

¿Deporte aristocrático? Quizá sea más exacto llamarlo «heroico» no en el sentido de esta palabra, que alude a sacrificios patrióticos y a empeñosos tontos útiles de la rapiña, sino en su significado de esforzada excelencia que alcanza el rumoroso refrendo del entusiasmo popular. Así, a orillas del mar, compitieron los corceles aquellos en los juegos fúnebres en honor de Patroclo. Homero nos cuenta que hombres y dioses se apasionaron por la carrera, que era de carros, como correspondía al estilo militar de los sitiadores de Troya; Apolo ayudó a Eumelo Feretiada, que ocupó la cabeza de la carrera

durante buen trecho, seguido de cerca por Diomedes Tidida, a quien favorecía Atenea. Cuando se aproximaba a la meta, la emoción subió de punto, y Ajax disputó con Idomeo sobre quién era el que venía en cabeza, tal como hoy sucede en todos los hipódromos del mundo. Venció Diomedes Tidida, cuyos caballos eran superiores, y para el segundo puesto hubo una llegada en fotografía —quiere decir, muy cerrada— entre Antiloco, que había hecho una monta hábil pero poco escrupulosa, y Menelao Atriba, resuelta a favor del primero. Menelao presentó una reclamación contra Antiloco por no conservar su línea durante el recorrido, pero fue desestimada por el juez de llegada, que era Aquiles. Según señala el ilustre cronista de la prueba, la distancia le venía un poco corta a los caballos de Mene-



Desfile preliminar a un Gran Premio: ancha es la pista...

lao, lo que, unido al corte que recibió, motivó su tercer puesto. ¡Ah, quién hubiese estado en la blanca playa ese día, para haber voceado junto con los héroes y haber sentido, con estremecida reverencia, los inmortales soplos con que apostaban los olímpicos!

### El caballo como obra de arte

Hegel vio un día pasar el alma del mundo a caballo bajo su venta-

na... nada podía realizarla mejor. Si se quiere prestigiar a un hombre, o al Espíritu Objetivo, hay que subirlo a un caballo. Desde su lomo, la dignidad está al alcance de su mano y la aventura espera a la vuelta de la esquina. No hagamos cantos idílicos a esa ficción innecesaria, la Naturaleza: el caballo es un invento del hombre, un artificio de su capacidad fabuladora y de su paciencia selectiva. El objetivo promordial de las carreras de caballos es servir de pruebas para la mejora de la raza equina. Como la utilidad productiva de un

caballo de carreras no es demasiado evidente, su cría tiene motivaciones estéticas y rituales. El caballo, lo mismo que el toro de lidia, es una obra de arte colectiva, a la que contribuyen quienes asisten a los graderíos para animar a los mejores y aplaudir sus victorias. No hay que mirar al caballo y al toro como supervivientes suturarios de una civilización agrícola en retroceso, sino como los sofisticados productos de una cultura lo suficientemente avanzada como para convertir la biología en estética, aunque condenada a diluir las



Estrategia de terrenos: se lucha por la mejor posición...

# OS CABALLOS.

Fernando Savater

fiestas en meros espectáculos. El caballo de carreras no es un residuo que se degrada, pérdida su utilitaria razón de ser, sino una obra de arte en marcha: «work in progress». Lo mismo deberíamos poder decir del toro de lidia, la más legendaria de las bestias luchadoras de Europa, pero, desdichadamente, su cría se orienta hacia su mecanización y debilitación, en lugar de intentar potenciar al máximo sus mejoras características. No es preciso recordar aquí la consumística concepción de la fiesta taurina que estimula esta degradación. Volvamos al caballo. Tres elementos tienen que ser cultivados para el logro armonioso de esa obra de arte en marcha: velocidad, resistencia y corazón. Según la mayor o menor dosificación de la velocidad y la resistencia, cada caballo tiene su distancia ideal, que es aquella que brinda el espacio idóneo para que el caballo muestre su peculiar aptitud. Existen caballos capaces de correr en velocísimo «crescendo» hasta mil cuatrocientos metros: son los velocistas puros, como aquella inolvidable «Quita», o más recientemente, «Guy»; otros necesitan más distancia para entrar en acción, y deben recorrer mil seiscientos o mil ochocientos metros, a fin de aplicar en los últimos doscientos o trescientos metros su punta de velocidad, que les despegará victoriosamente de sus rivales: ¡tantas carreras así ganadas por «Maypole Dancer» o por «Cocoliche»!; las distancias más largas, las llamadas «clásicas», porque en ellas se disputan las pruebas clásicas del calendario hípico, quedan reservadas para los caballos de fondo, aquellos capaces de un paso vivo que siembre a sus contrincantes por el camino o de un remate irresistible que su-

pere a los fatigados rivales: ¡Ah, «Caporal», «Wildsun», «Maspalmas», «Nertal», inolvidables galopadores de las grandes tardes del hipódromo, con la plata cuajada de clamores y el niño pequeño, que no alcanza a ver entre los mayores, puestos en pie, y grita a ciegas: «Hala, Carudel!» De los tres elementos básicos del caballo de carreras, el corazón es el más sutil y el más difícil de definir. Estamos aquí ante una de esas nociones fundamentales y misteriosas, como la taurina de «cargar la suerte», que cualquier buen aficionado reconocerá de inmediato cuando la vea en acción, aunque la describirá luego con tópicos o vaguedades. Por supuesto, se puede decir sencillamente que «cargar la suerte» no es más que adelantar la pierna por el lado donde se da salida al toro en un pase; también se puede afirmar que un caballo «tiene corazón» cuando no deja de luchar hasta el último tranco, aunque le rebase otro caballo o no logre alcanzar al que persigue. Lo opuesto a «tener corazón» es «no querer emplearse», como les pasa a los jacos abúlicos, que se desengañan de sí mismos a media carrera. Sin embargo, la verdad es más compleja: el corazón es lo que impulsa al caballo a entregarse, a entrar plenamente en el juego. No sólo es que el caballo dé todo lo que tiene dentro: da, sobre todo, lo que no tiene, la velocidad que le falta, la resistencia que le falla, el peso que le aplasta, la clase con la que no cuenta... Es como si corriese contra sí mismo. Sólo cuando surge la circunstancia adversa, cuando aparece la coartada para no ir ya más allá en el esfuerzo, entonces revela un caballo su corazón. Ese Premio Corpa de hace un mes, en el que debutó este año

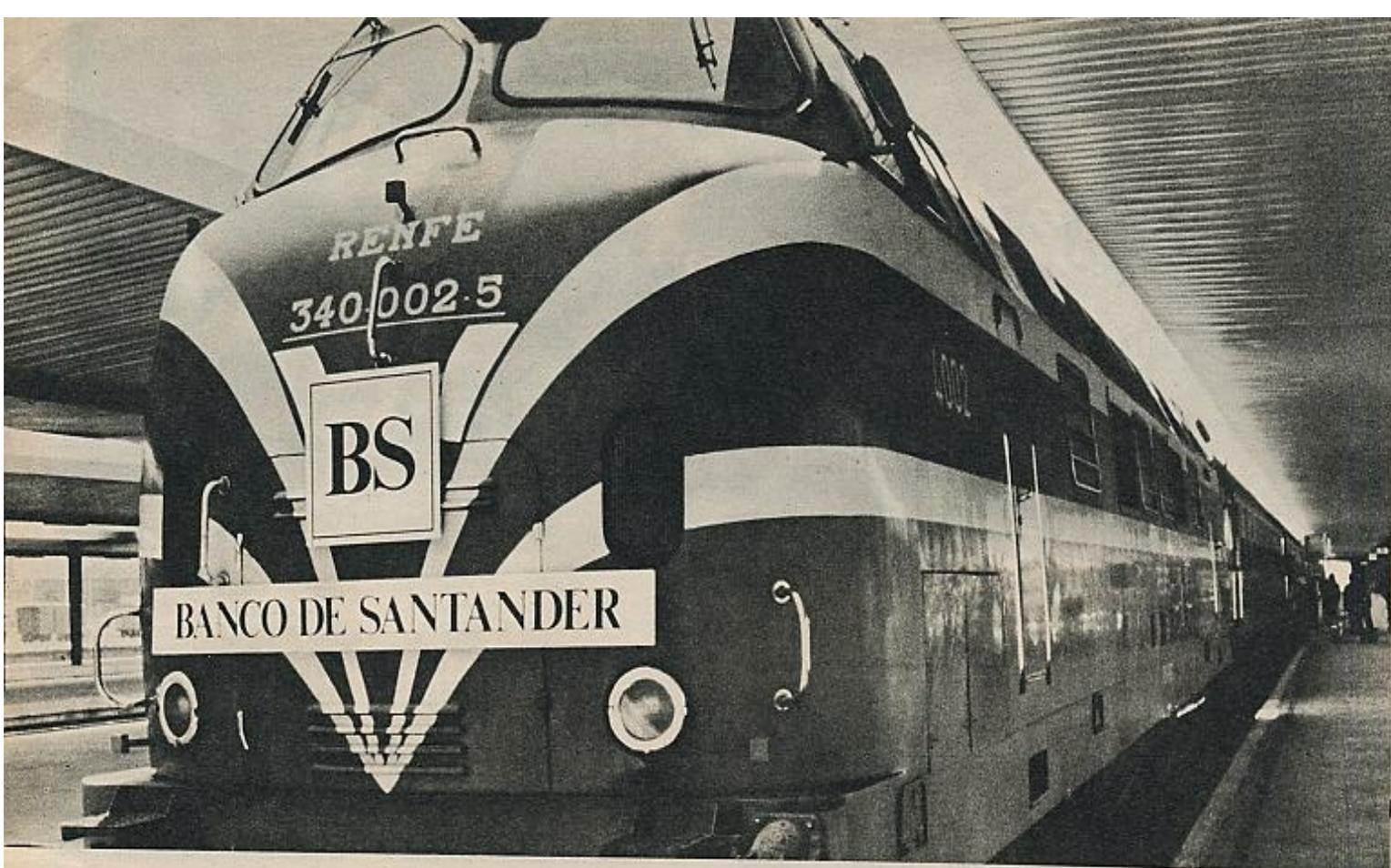
«Rochetto»... Mediada la recta final, cuando fue rebasado por «Permor» y todos comenzamos a decirnos: es lógico, acusa la primera carrera del año... Y «Rochetto» volvió sobre «Permor» y no cedió, precisamente para no tener que echar mano a la obvia excusa que le disculpaba de perder ante un caballo inferior... Pero de «Rochetto» hablaremos luego. Quiero contar, como ejemplo de corazón, la historia de «Cafir». Fue un caballo sin un historial brillante, de actuaciones oscuras. A los cinco años largos estaba confinado en «handicaps» de segunda parte (1), donde se defendía bien que mal. Cambió de propietario, de preparador, pese a que se hubiera dicho que era un caballo llegado al final de su vida de competición, internado en el discreto asilo de las carreras mediocres. Comenzó a ganar premios, cada vez en condiciones más duras de peso y en mejor compañía. Prodigó las llegadas en fotografía, defendiendo su victoria con un corazón desesperado, como quien juega siempre la última baza. Llegó a tener ganadas cuatro o cinco pruebas consecutivas. Su carrera ascendente culminó cuando participó en el premio más importante de San Sebastián, con los mejores caballos del momento. Un año antes hubiera sido absurdo pensar en su inclusión en una prueba de esa importancia. Ese día le recuerdo en la llegada, luchando enconadamente por el cuarto puesto, angustiadamente feliz de hallarse entre los mejores. Veinte metros después de cruzar la meta,

cayó muerto, fulminado por esa tarde gloriosa de agosto en que corrió su Copa de Oro.

## La tarea del jinete

Consiste, fundamentalmente, en no impedir que gane el mejor caballo. Lo ha dicho Lester Pigott, el mejor jinete del mundo en la actualidad y quizá de todos los tiempos, acuñando esta definición modélica: «Buen jinete es el que gana cuando monta al mejor caballo». Sólo quien no tenga ninguna experiencia hípica considerará demasiado fácil este objetivo. La carrera es un juego lleno de complejidades, de riesgos, de posibilidades de error: no elegir la posición correcta al tomar la última curva o equivocarse en diez metros —lo que recorre un caballo en menos de su segundo— al aplicar la punta de velocidad, pueden hacer perder una carrera teóricamente ganada. Ningún jinete puede hacer milagros con un jaco que no quiera andar, porque, a fin de cuentas, el que tiene que correr es el caballo, pero puede y debe potenciar al máximo las posibilidades de victoria del que sí da en emplearse. De todas formas, las carreras que solemos recordar de los grandes jinetes son aquellas que han ganado con caballos teóricamente inferiores, aprovechando los errores del favorito y sacando el máximo partido de las incidencias del recorrido. Una prueba de planteamiento complejo puede permitir auténticos festivales de bien montar. Es recordable el triunfo de Lester Pigott, sobre «Toté», en el Gran Premio de Madrid, trayendo al caballo magistralmente en los últimos metros, después de una perfecta colocación durante el recorrido y compensando con su balanceo en la silla la tendencia a abrir-

(1) Para los no entendidos: «Handicap» es una carrera a pesos establecidos por los «handicappers» del hipódromo, con el fin de igualar las oportunidades. Suelen desdoblarse en dos partes, la segunda de las cuales corresponde a los caballos inferiores.



# ¡Vamos! ¡Suba!

## El Banco

### que avanza con rapidez le propone avanzar juntos

No es un secreto para nadie: el Banco de Santander avanza a toda máquina. Tal vez esto no fuera importante para usted si no le estuviéramos proponiendo avanzar con nosotros. Podemos ofrecerle una gran variedad de posibilidades de ahorro-inversión. Posibilidades diferentes, porque pensamos que cada cliente es distinto, que tiene gustos, preferencias y hasta caprichos absolutamente propios. Por eso, en el Banco de Santander se ahorra o invierte según las necesidades del cliente.

La potente y experimentada «máquina» arrastra consigo muchas posibilidades para el «ahorro-inversión»: Cuentas

de Ahorro, Imposiciones a plazos, Bonos de Caja, Certificados de Depósito, Fondos de Inversión, Sociedades de Cartera, Administración de Carteras de Valores, Bolsa...

Cada «vagón» de este largo tren representa modalidades diferentes. Usted puede subir en la sección de ahorro y pasar a Bankinter. O combinar más de dos posibilidades. O pasar de una a otra cuando sus propias circunstancias se modifiquen.

Suba a nuestro tren. Y decidamos de forma conjunta la fórmula de ahorro-inversión más adecuada. Porque tenemos un destino común: progresar.

**El Banco que avanza con rapidez  
le propone avanzar juntos**



**BANCO DE SANTANDER**  
El Banco de sus inversiones

- envíenme folleto
- explíquenme personalmente cómo puedo avanzar con el Banco de Santander

Nombre: \_\_\_\_\_

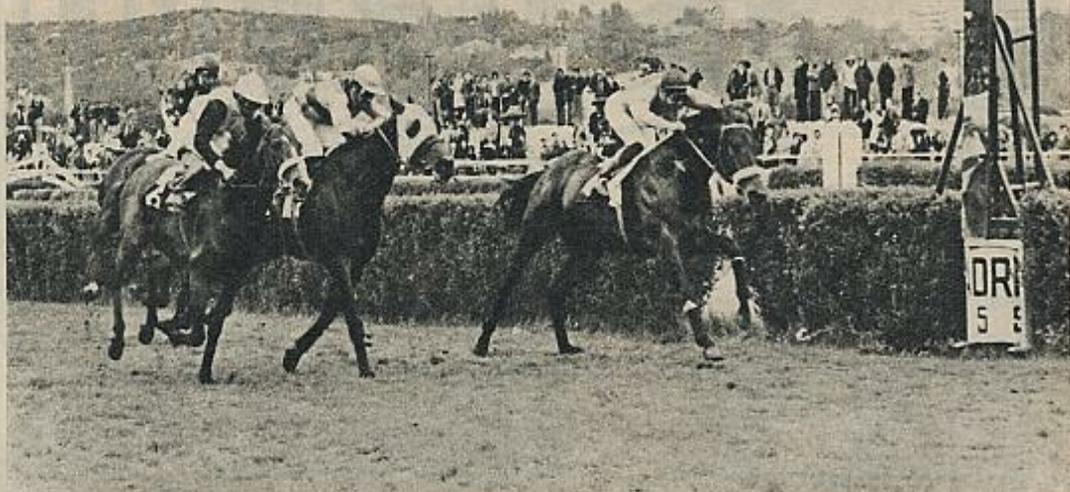
Apellidos: \_\_\_\_\_

Dirección: \_\_\_\_\_

Población: \_\_\_\_\_ Tel. \_\_\_\_\_

Recorte y envíe este cupón a:  
Banco de Santander Alcala 37 Madrid 14

se de «Toté»: ¡y todo esto sobre un caballo que nunca había montado ni visto antes, en un hipódromo que jamás había pisado! Pero en esa carrera hubo diversas líneas de recorrido obstaculizadas, como la de «Ferial», con Ramón Martín, que llegó segundo; Pigott se aprovechó insuperablemente de esas irregularidades. Hay en España muy buenos jinetes, pese a lo poco que montan por comparación con los de otros países, en donde hay carreras todos los días y en diversos hipódromos. En todo caso, se echa a faltar una escuela de aprendices, destinada a formar auténticos profesionales, que impida los espectáculos de triste improvisación que nunca faltan en las pruebas destinadas a neófitos en este país. Son las muchas carreras y los buenos caballos los que forman realmente al jinete, pero la base que podría proporcionar una escuela no parece en absoluto ociosa. Sensibilidad, reflejos, energía, son cualidades exigibles a un buen jinete. La más interesante, que nos remite de nuevo a ese ámbito de lo sutil e impreciso que forma la esencia de los rituales lúdicos, es el «sentido del paso». No es fácil describir esta privilegiada característica de los grandes jinetes: equivale a saber, en cada momento del recorrido, cuánto le queda por dar de sí al caballo propio y a los otros, de acuerdo con el paso marcado por la cabeza de la carrera; si el paso marcado no le conviene, por no compadecerse con las características de su montura, deberá: si es lento, hacerse con la cabeza y señalar otro más vivo; si es muy fuerte, intentar juntamente no perder contacto con la cabeza y evitar en lo posible el desgaste. En una palabra: tener sentido del paso equivale a dosificar la velocidad del caballo durante la carrera, tal como lo haría el mismo caballo si conociese la distancia de la carrera y las características de sus rivales. Quizá Ives Saint-Martin sea el jinete europeo con más sentido del paso; en España lo es, sin lugar a dudas, Claudio Carudel. La virtud más espectacular y emocionante de un jinete, la que el público —rara vez sensible al sentido del paso, excepto cuando culmina en victoria— más fácilmente aprecia, es la energía en los metros finales: traer bien al caballo y empujarlo contundentemente, sea con el braco, sea con la fusta. Maurice Delcher fue un jinete de buenos brazos en los finales; en la actualidad monta en España un extraordinario jinete, capaz de un braco eficaz, acompasado y estéticamente perfecto: José Antonio Borrego, que puede codearse con las



Corazón: «Rochetto» gana el Premio Corpa.

## EL JUEGO DE LOS CABALLOS

mejores fustas extranjeras. El manejo del látigo es un arte complejo, que ha hecho perder y ganar muchas carreras. Recuerdo aquella Copa de Oro de San Sebastián que perdió «Epicur», frente a «Donagua», por un desafortunado fustado que le propinó C. E. González, nervioso ante la proximidad amenazante del hijo de «Touragua»; el fustazo cortó la acción a «Epicur», que perdió por una cabeza. A nadie le he visto manejar la fusta de una manera tan demoleadora como a Lester Pigott en aquella carrera que ganó con «Gebey», antes de participar en su segundo Gran Premio de Madrid: cinco fustazos le dieron el triunfo, tras insuperable recorrido de espera.

Mención especial, en este apartado sobre los jinetes, merece el «gentleman» (es decir, jinete no profesional) más destacado en lo que va de siglo: el duque de Alburquerque. No creo que tenga parangón ni dentro ni fuera de España. Es uno de los mitos populares más indiscutibles del hipódromo, privilegio plenamente justificado. Si se repasan sus montas a «Ubayjay», «Alfidir» y «La Maja» (esta última llegó a apuntarse ¡catorce victorias consecutivas! entre liso y vallas); sus triunfos con «Caprichos», como en aquel Premio Gladiateur, en que batió a «Faraón»; su legendaria victoria en el Gran Premio de Madrid con «Tebas», montando a once kilos más de los asignados y empujándole con la fusta en los metros finales como pocas veces se ha visto en el hipódromo; su octavo puesto en el Grand National of Liverpool este mismo año, montando escayolado y dolorido a un caballo lesionado... uno tiene que admitir que no se puede montar mejor, con más afición y más valor que el duque de

Alburquerque. En aquel remate del Gran Premio de Madrid, cuando apareció en la recta final entre los primeros, todo el mundo olvidó sus apuestas por «Donagua», «Florián» o «Guarani» y vocó un unánime «¡Hala, duque!», que agradecía al más grande de los jinetes españoles su definitivo milagro.

### En carrera

Al abrirse los cajones tiembla por un momento la convulsa línea de los participantes, todavía igualados. De inmediato se distribuyen las posiciones; dos, quizá tres, van a por la cabeza, marcando un paso vivo. Son los más descargados, por lo general, quienes aspiran a esta colocación, para sacar provecho de su alivio de plomo. Los que se sitúan en el centro del pelotón buscan un lugar donde galopar a gusto, sin miedo a ser encerrados cuando se les exija acelerar la acción. Los rematadores aguardan en la cola del paquete, procurando no ceder demasiados metros; todavía no ha llegado su momento. Hay cierto tira y afloja hasta que se acepta definitivamente el orden de posiciones. Cada cual cree ir ya en su lugar idóneo. Los planteamientos de la carrera tienen mucho de estrategia de terrenos, pero, a diferencia de los toros, no se trata de un círculo, sino de una línea que transcurre a la vez por el espacio y por el tiempo. Hay que saber dónde hay que ir y cuándo hay que ir; cuánto se puede ceder a los otros, que también buscan la ventaja, y qué posición hay que disputar o defender inflexiblemente. La recta final de una carrera es el desenlace de un drama planteado mucho antes;

cada cual cosecha en ella lo que sembró desde un comienzo. Dada la velocidad del caballo en carrera, cada decisión debe ser tomada en cuestión de segundos. Llegan a la curva; alguno de los de cabeza ya ha cedido y aceleran el paso los del centro del paquete. Se nota el paulatino avance de los «stayers». Se ven las fintas desesperadas de los que van a quedar encerrados en la curva, mientras otros se tapan voluntariamente, sabiendo que esto les permite tomar el camino más corto y esperando encontrar un hueco al comenzar la recta final. Alguno de los zagueros prefiere abrirse: regala metros, pero mejora en posición para el remate, que es su mejor baza. Ya están en la recta. El que ha desembocado el primero trata de sostener su exigua ventaja. Le acosan. El jinete, que es niño y es mago, pinta con la fusta un ángel de niebla. Esfuerzo: lo que no haga aquí, ya no será hecho. Los rematadores avanzan incontenibles, desde los puestos zagueros. ¿Llegan o no llegan? Bien braceado, el de más clase se estira en los metros finales. ¡Ay, ese caballo se muere, se muere por correr y su jinete le ha equivocado la montal! Los últimos metros; cabeza con cabeza, dos pura sangre buscan el triunfo. ¿Quién no siente ese nudo en la garganta que nos descubre que la velocidad jubilosamente estéril es tan afán nuestro como del caballo? Diez metros, cinco metros; uno asoma el morro y otro viene fuerte por fuera... La llegada regala un inevitable desenlace a ese laberinto de espacio y tiempo que fue la carrera.

No es fácil «ver» una prueba hípica. Quizá lo más digno de ser mirado aún no está ahí, pero esté, si miramos. Pues hay que ver. ¡Hay que ver!

# ¡Sí la Mini!



En un Mini cabe de todo. Niños, pandillas de amigos o... su familia. Y es que no existe otro coche en el mundo tan aprovechado (80 x 100 de su superficie total es espacio útil). Si todo lo que usted necesita son cuatro amplias plazas, ¿por qué robar sitio a la colectividad con coches más voluminosos?

**Noticia:**

Mini aumenta sus colores, su confort y su potencia, pero mantiene su miniprecio y consumo.

Nuevo Mini 1000 LS: ¡55 cv.! Véalo en su Concesionario Leyland Authi.

Desde 97.800 hasta 119.300 ptas. f. f.

También financiación SEFIAUTHI



**Mini**  
el más grande

## EL JUEGO DE LOS CABALLOS

### Teoría de las apuestas

Quizá a estas alturas del presente artículo, el lector ya comience a vislumbrar que el «juego» a que aludo en el título no es precisamente la inversión de dinero sobre la probabilidad de cierto caballo, en espera de obtener una jugosa ganancia. Puede que se impacienten: bien está de mística equina y remembranzas anecdóticas, pero ¿qué hay de lo fundamental de las carreras, de las apuestas? ¿Acaso acertar y cobrar no es a lo que se va, en primer término, al hipódromo? Mi respuesta es un rotundo «no», y confío en que los párrafos anteriores hayan sustanciado suficientemente esta negación, indicando que hay otras fuentes de interés por el espectáculo hípico, fuera del toma y daca de las apuestas. En los países en que éstas alcanzan gran volumen, como Estados Unidos o Francia, hay gente que arriesga y cobra grandes cantidades, sin haber pisado un hipódromo ni visto una carrera en su vida; igual que quien acierta los catorce en las quinielas sin haber ido a un partido de fútbol jamás. Aquí toda la picaresca del «soplo», las prohibidas drogas estimulantes, los tongos, etc... No dudo que todo esto tenga su gracia, pero es una gracia perfectamente separable de eso que «hay que ver» en la carrera. Naturalmente, no pretendo hacer un alegato contra la apuesta hípica, aunque sólo fuera porque me gusta arriesgar mis veinte duros por carrera, como a todo el mundo. Las apuestas, además, tienen un importante papel en el mantenimiento de la Sociedad de Fomento de la Cría Caballar, por lo que merecen ser bien miradas por cuantos nos interesamos en dicha cría. Lo fastidioso de las apuestas es que, en muchos casos, impiden ver y gozar plenamente la carrera, al condicionar el interés de la misma al dividendo que se espera conseguir. A veces, comenta uno con un amigo: «Ha sido una tarde preciosa de carreras», y el otro nos contesta, atónito: «¡Cómo que preciosa, si no has ganado ni un duro!». Hay aficionados incapaces de apreciar una buena carrera del caballo a que no han jugado o de valorar una monta excelente de un jinete que ha terminado en cuarta o quinta posición, sin interés ya, por tanto, a efectos de apuestas. Incluso sospecho que hay quien se alegra cuando el rival de su elegido se queda en la salida o pierde la montura a media carrera; aquí no se trata de ponerse dignos y hablar de deportividad, sino de deplorar la incapacidad de disfrutar la competición en su plenitud, que tal

postura supone. Ir al hipódromo sólo para apostar me parece tan francamente aburrido como jugar a la ruleta, aunque esto quizá venga de mi incapacidad para apasionarme por juegos de estricta motivación económica. No hay que confundir, sin embargo, la apuesta con el pronóstico de la carrera. Hacer pronósticos no sólo no está raído con el pleno disfrute de cada prueba, sino que es la expresión adivinadora de ese mismo disfrute. Conocer cada caballo y sus posibilidades indica que se han visto bien sus actuaciones anteriores, sus orígenes y las circunstancias particulares de la carrera que se va a disputar. Sólo el que mira como se debe es capaz de pronosticar con acierto, pues sólo él entiende de qué va esa obra de arte en marcha antes mencionada. El mundo de los «entendidos» es un maravilloso universo de chiflados, poseedores de tablas cabalísticas y remotos anales, de donde está desterrada la palabra «azar»; para ellos, cualquier alusión a circunstancias imponderables o motivaciones sentimentales en las preferencias es una peligrosa herejía; no hay científico más inexorable que un pronosticador de carreras riguroso. Igual que los restantes científicos, ven comprobaciones de sus cálculos tanto en los aciertos como en los resultados adversos a lo previsto; como tantas veces se ha dicho, entiendo de caballos el que siempre es capaz de explicar, tras cada carrera, por qué perdió el jaco que, según afirmó antes de la prueba, debiera haber ganado. Reconozco, para mi humillación, que no soy un «entendido» riguroso: suelo regir mis preferencias por simpatías inexplicables y por mitos de mi uso particular. Pero defenderé contra viento y marea que entiendo, en cada carrera, lo que hay que entender; que puedo pronosticar el resultado de cada prueba con un margen de error no mucho mayor que el de cualquiera que sepa de qué va el asunto en hípica, y que aún me gustaría entender más, porque en este campo (y sólo, ay, en éste), mayor conocimiento significa mayor goce del juego. La materialización de la apuesta puede servir para fijar definitivamente el pronóstico, para darle cuerpo; es útil como referente palpable de mi adivinación. Pero la ganancia o la pérdida económica no es lo que de verdad está en juego: lo que me juego es mi derecho a ver, mi entendimiento vivo de una viva obra de arte. No imitemos la histeria bursátil de quien reduce a bajas y altas de cotización las mil incidencias del corazón de viento del caballo y de la inteligencia

enérgica del jinete: su parodia quedó definitivamente establecida por ese Groucho que acumula libros que sólo le explican otros libros, distanciándole cada vez más de la verde pista donde estriba la única posibilidad real de pronóstico, y su infierno es el «gangster» que escucha por radio los resultados de las carreras de un estado lejano, que le hablan de un proyecto de aventura improductivo y rico, que su codicia no entiende, pero contribuye a imposibilitar.

### «Rochetto»

El mejor caballo en entrenamiento que existe hoy en España se llama «Rochetto». Es un caballo castaño, de cuatro años, hijo de dos de los protagonistas más ilustres del «turf» español de los últimos lustros: «Todo Azul» y «Rochebrune». «Todo Azul» fue —y es, qué caramba!— mi caballo predilecto, el héroe de mi leyenda hípica privada. En su vida de competición fue un caballo muy polémico, que me propinó feroces discusiones con propios y extraños. Si me hubiera dejado llevar por mis bajas pasiones hubiera hablado de él durante medio artículo, pero como uno es (casi) un profesional, mordido por la objetividad... La carrera indiscutible de «Todo Azul» fue su victoria en el Gran Premio de Madrid, con el peso máximo de 63 kilos y por tres o cuatro cuerpos: hazaña inigualada, según creo, en el último medio siglo de competiciones hílicas en España. Fue uno de los días más felices de mi vida. Después de la carrera, en la que, por el peso, no salía nada favorito, los amigos me felicitaron, creyendo que me habría hecho rico apostando por él, pues no había cejado de proclamar su victoria; no supe cómo decirles que, embobado por la prestancia de su paseo en el «paddock» y de su desfile previo a la prueba, me habían cerrado las taquillas de apuestas sin darme tiempo a jugar... Pero, claro está, eso no empañó mi alegría por su triunfo, que ninguna ganancia hubiese podido aumentar. La madre de «Rochetto» es «Rochebrune», una excelente yegua de Jaime Badillo, cuyo distanciamiento en el Gran Premio de Madrid fue causa del único conato de revolución que he contemplado en el tradicionalmente conservador recinto del hipódromo. Sucedió así: «Rochebrune» pertenecía a un proleulario modesto e iba montada en aquel Gran Premio por un discreto jinete de vallas, Aurelio Tallón; después de una magnífica carrera, «Rochebrune» se situó en cabeza mediada

la recta final, acosada por la segunda monta (2) de la cuadra Villapadierna, «Enki», conducido por el peso bajo francés Giovanelli; «Reltaj», primera monta de Villapadierna, venía rematando a pleno rendimiento en tercera posición; Giovanelli, viéndose incapaz de rebasar a «Rochebrune» y advirtiendo que «Reltaj» no llegaba a tiempo, aprovechó una mínima desviación en la línea de la yegua de Badillo para hacer ostensibles gestos de frenar a «Enki», como si se viera irremediablemente obstaculizado; entretanto, «Reltaj» llegó segundo, a una cabeza de la indiscutible ganadora de la prueba, «Rochebrune». Los jueces de llegada distanciaron a «Rochebrune» en beneficio de «Reltaj», por supuesta obstaculización a «Enki». Y la gran mayoría del hipódromo se arremolinó y protestó airadamente de este atropello a un proleulario modesto y a una excelente yegua, pase a que casi todas las apuestas de los Insurgentes eran a favor del campeón de Villapadierna. Buena prueba de que, afortunadamente, las apuestas no lo son todo en el hipódromo. «Rochetto» es el espléndido producto de esos dos ejemplares de excepción. Reúne todo lo que, a mi juicio, distingue al gran caballo de carreras: un físico atlético digno de ser cantado por Píndaro, una auténtica clase y un corazón verdaderamente insuperable. Espero verle ganar este año el Gran Premio de Madrid y la Copa de Oro de San Sebastián, que la temporada pasada se le escaparon ante caballos muy inferiores, por errores de monta. Este caballo, nacido y criado en España, depositario aventajado de las mejores sangres de Europa, es la irrefutable confirmación de los progresos de la cría nacional en la difícil fabricación de estas obras de arte vivientes.

Hoy por hoy, todavía el centro hípico de Europa está lejos de nuestras fronteras. Algunos afortunados podemos hacer callar a nuestros contentuleros hípicos diciendo: «¡Yo vi ganar L'Arc du Triomphe a "Sea Bird"!». Prosiguiendo luego, en ese estremecido silencio que acompaña las grandes revelaciones: «Al entrar en la recta final, aún conducía el ruso "Anilín", pequeño y potente descendiente de los potros tártaros; detrás, "Tom Rolfe", hijo del legendario "Ribot"; "Reliance", de Rothschild, montada por Saint-Martin... Y luego, mediada la recta, vino "Sea Bird"...». ■ F. S.

(2) Para los míamos insipientes: la segunda monta de una cuadra, distinguida de la primera por una banda de color en la chequetilla, es aquel caballo que el proleulario de la cuadra destina, fundamentalmente, a colaborar en la victoria de su compañero, si lo es posible.